

El libro está bellamente presentado y cuidada su edición. Se advierte, sin embargo, algo de anarquía en la puntuación, probablemente por atenerse demasiado a la edición alemana. Ningún erudito mexicano y aun de lengua hispánica puede dejar de leerlo, y esperamos pronto las reacciones consiguientes, favorables o adversas, a tan novedoso y revolucionario estudio. Por de pronto, ya la eminente escritora Rosario Castellanos nos dio la suya, discrepando totalmente de Pfandl en un artículo titulado "Otra vez Sor Juana" publicado en *Excelsior* el 26 de octubre de 1963 (p. 7), en el cual afirma: "Un libro así concebido indigna no por su parcialidad sino porque tales criterios han sido superados por otros más amplios..." No estamos de acuerdo con la escritora y estimada amiga Rosario Castellanos. Pero ahí está el libro para que se le lea y se le discuta.

A. BOLAÑO E ISLA

Facultad de Filosofía y Letras.

CARMEN IGLESIAS, *El pensamiento de Pío Baroja. Ideas centrales*, Antigua Librería Robredo, México, 1963; 187 pp.

No se equivoca la autora de este libro cuando afirma que la figura de Pío Baroja, en términos generales, no ha sido bien estudiada por la crítica. Las causas de esta deficiencia acaso podrían hallarse en el carácter independiente del novelista. Sus juicios tajantes sobre libros y autores; su actitud frente a grupos literarios y sectores políticos fueron suficientes para concitarle malquerencias. Estas malquerencias con facilidad pasaron de lo personal a lo crítico. Y el saldo de las páginas para enjuiciarlo es, por desgracia, lamentablemente injusto. Si se suprimen las páginas de Ortega y Gasset, las de Azorín y las de algún otro crítico español, todo lo demás, si no le es adverso, es descuidado y hasta torpe. Por ejemplo los juicios del novelista español Ramón J. Sender son notoriamente apasionados y pecan de descorteses. A un escritor de la categoría de Baroja —cualesquiera que sean sus errores— es necesario tratarlo con el máximo respeto. Hay que repetir aquella sentencia de Goethe cuando le hablaban de no se qué autor, vilipendado por sus adversarios. Goethe dijo: "Se le puede criticar, pero de rodillas."

El libro de Carmen Iglesias supone una labor acuciosa y tenaz. No se reúnen tantas noticias ni tantas observaciones en ocho días. Y este es un mérito que debe elogiarse: aquí hay pro-

bilidad, deseo de cubrir, con juicio y entusiasmo, el campo que abarca la amplísima obra del genial novelista.

La "filosofía" de Baroja, a nuestro juicio, más bien debió llamarse —porque esta es la verdadera verdad, si cabe decirlo así— *examen de las ideas de Baroja acerca de la filosofía y de los temas que le son concomitantes*. Baroja no engañó a nadie; tampoco se engañó a sí mismo. Baroja fue un hombre de pensamiento, con un natural espíritu científico. Su profesión de médico le sirvió de base para levantar el edificio de sus frecuentes especulaciones sobre asuntos alejados de la literatura. Esta actitud suya persistió durante su vida, y es bastante para situarlo en lugar de honor entre los escritores de su tiempo. Ni Azorín, ni el propio Unamuno —tan metido en las cosas de la filosofía— nos dan la sensación ni tampoco la emoción de un pensamiento más libre y dispuesto a caminar sin andaderas comunes. Baroja nunca dijo: "según Platón", ni "como repitió Pitágoras". Esta independencia de criterio es la clave de su preferencia por los pensadores presocráticos. Con razón Baroja, un poco despectivamente, llamó pedagogos a Platón y a sus discípulos. Carmen Iglesias, con minuciosa atención, revisa los diversos puntos en los cuales la mente de Baroja se detuvo, bien sea en sus ensayos, bien en sus novelas y cuentos. Y es que Baroja estuvo siempre presente en su obra. Más o menos el hombre se inserta en sus personajes, y éstos, con frecuencia, no son sino los portadores de su pensamiento, de su sensibilidad y hasta de su actitud frente a la vida. De ahí que la lectura de sus obras dé impresión de algo vivo, de algo que tiene entraña humana, y de que sus desvíos, sus errores o sus simples desplantes de vascongado nos produzcan, de todas maneras, una honda convicción de verdad. Uno puede aceptar tal pensamiento de Baroja o desechar el otro; pero ambos serán capaces de revelarnos su personalidad insobornable. Ése fue el acierto del juicio de Ortega y Gasset: "Baroja es insobornable." Para los tiempos modernos tal virtud es casi heroica. Pocos hombres muestran línea más certera y más acorde con la conciencia, única norma filosófica para captar el signo de los propios destinos. Muchos de los que se han atrevido a acusarlo, antes tendrían que examinar sus propias traiciones, algunas, sin duda, inconfesables. Es también un acierto de Carmen Iglesias ordenar los juicios emitidos acerca de Baroja relativos a su empeño en preferir asuntos en acción, en marcha, en aventura. Esto no fue sino la compensación psicológica que Baroja establece entre su vida sedentaria y su anhelo de actividad por esos mundos. Con sen-

cilla ironía dijo una grave y honda verdad cuando se calificó como "un hombre vagabundo y solitario". Eso fue: un español seguro de sí, seguro del mundo que le rodeó y seguro también de que no es posible huir de la propia sombra. Baroja no se hubiera detenido aun cuando el camino terminase en el abismo. Somos lo que somos y nada más. Baroja fue lo que fue, y lo fue con honradez, con profunda honradez, y con un sentido estético de tal calidad que, para muchos, parece oculto en su llaneza, en su aparente descuido estilístico.

El capítulo sobre religión está centrado con gran objetividad. La religión para Baroja no fue cuestión de fe, ni de creencias ni de fórmulas de iglesia. La religión para Baroja fue un hecho humano que nada tiene que ver con la razón del hombre. La religión para Baroja es como la sed, el hambre, la enfermedad, la locura o la insania; un fenómeno cuya explicación debe buscarse en la realidad biológica de los sujetos o en el análisis de la sociedad. De ahí que Baroja no tenga una sola palabra de odio ni de burla ni de resentimiento frente a este tema. Lo que sí le molestó fue la presencia de los eclesiásticos, cuando éstos, so pretexto de Cristo, cometen desafueros. En este caso su pluma se mostró agria, acaso demasiado agria sin necesidad. Esta violencia, para mi juicio, fue contraria a la común actitud barojiana. Su ternura aparece cuando se liga a los resabios religiosos, vinculados a la razón de la historia y del pueblo de las Vascongadas. Aquí Baroja no flaquea en su actitud arreligiosa, pero sí muestra su emoción vinculada a la entraña de sus raíces.

El capítulo más ampliamente desarrollado es el dedicado a la literatura. En efecto, los puntos que se examinan permiten conocer, o mejor dicho, reconocer los diversos pasos prácticos y teóricos de Baroja, desde el nacimiento del escritor hasta su actitud crítica. No pasa por alto la autora de este libro el comentario del parecer barojiano sobre los asuntos que más le preocuparon en los momentos vitales de su carrera: la naturaleza de la Generación del 98 y el carácter incierto de las corrientes literarias que aparecieron luego. Baroja tenía sensibilidad bastante para percibir lo nuevo y el significado de lo reciente, pero su desconfianza ante la maña, la trampa y la simulación acabaron por obligarle a tener casi una posición de recelo. Baroja pudo zaherir figuras de gran valía, negar otras que nos parecen hoy indiscutibles; pero jamás, en ninguna ocasión, cometió el error de escatimar reconocimiento a los genios que, para su sentido ético predominante, representan las cumbres del arte literario. Cada admiración franca y abierta de Baroja es una garantía de

juicio y de gusto. Y casi siempre sus desdenes van respaldados por algo que nos inspira desconfianza, por algo sucio que el tiempo nos ha permitido descubrir. Él sabía del cobre de muchas joyas que imaginamos de oro.

Es posible que al libro le falte un capítulo, acaso esencial: el dedicado al estudio del *estilo*. Decimos que es posible, porque la gran fuerza del autor radica en la constancia de su *estilo*. Pero también es verdad que Carmen Iglesias nos advierte con honradez que sólo se ocupa del pensamiento, de las ideas del novelista. Si aceptamos esta limitación, debemos retirar toda exigencia crítica sobre el estilo. La autora nos ofrece una síntesis que no admite objeción, de tal manera todos sus términos están asentados en la verdad de una vida y en la verdad de una obra. En resumen, nos ofrece este prospecto de Baroja:

"Los cambios, las contradicciones que le imputan los críticos, se encuentran en la periferia de ese bloque central, en lo más específicamente literario, en lo más intrascendente. Cuanto es trascendente permanece inmutable hasta el fin de su carrera.

"El elemento que unifica todas las ideas barojianas, es una intensa preocupación ética. Sólo aceptando este principio es posible comprender su ideología.

"Por eso, su rectitud se rebela y, desde muy joven, se convierte en censor de una sociedad donde no ve ni verdad, ni justicia, ni razón, ni orden ni piedad. De su desengaño nace su profundo pesimismo.

"Cuando la acción por la acción fracasa, Baroja se acoge a una antigua idea que nunca le había abandonado, y proclama que el trabajo es la única solución digna para olvidar el dolor de vivir. Porque su angustia vital no encuentra consuelo en la religión.

"Baroja se vuelve a la ciencia y en ella, definitivamente, deposita su fe y su esperanza. La ciencia es lo único que no engaña, lo único que, dentro de la limitación del conocimiento humano, puede ofrecer verdades relativas, pero verdades al fin.

"Baroja copia la vida simple y honradamente. Y como la vida son sus novelas y es su *estilo*: algo multiforme y dinámico, en cuya perpetua fluencia se cumple el eterno devenir heraclitiano".

Para concluir diremos, por lo que respecta a Baroja, que fue un ejemplo de probidad intelectual y un poderoso escritor, cuyo estilo corresponde, en su limpieza, en su honda verdad idiomática, al proceso del estilo del idioma mismo. En cuanto a Carmen Iglesias, diremos que ha realizado, con probidad también,

una obra, por sus juicios y por su documentación, digna del gran novelista.

ERMILO ABREU GÓMEZ

Facultad de Filosofía y Letras.

OFELIA MALAGAMBA URIARTE, *Lázaro Pavía, prosista modernista*. México, Imprenta Aldina, 1963; 90 pp.

La profesora Ofelia Malagamba ha publicado un interesante y bien documentado estudio sobre un escritor mexicano injustamente olvidado: Lázaro Pavía. El estudio, escrito bajo la sabia dirección de Ernesto Mejía Sánchez, fue presentado en la Universidad Iberoamericana como tesis para optar al grado de Maestría en Letras Españolas.

Tras un capítulo introductorio sobre el ambiente literario dentro del cual se movía el escritor yucateco, capítulo que nos ayuda a visualizar el mundo de las letras mexicanas de fines del diecinueve, encontramos una amplia nota biográfica, reconstruida por medio de algunos documentos y de informes proporcionados por la familia del escritor. En este capítulo sólo echamos de menos el artículo anónimo que con fecha 14 de mayo de 1921 se publicó en el número 121 de *Biblos*, Boletín de la Biblioteca Nacional, y en el cual se suministran datos biográficos y bibliográficos, lo mismo que un retrato de Pavía. Por lo demás, la profesora Malagamba Uriarte ha contribuido con informes hasta hoy desconocidos y, por lo tanto, de gran valor.

Para nosotros, la parte más interesante del estudio son los capítulos III y IV, que tratan respectivamente de Pavía como escritor, y de la estructura de su prosa poética. El estudio de la obra de Pavía (cap. III) está enfocado desde el punto de vista de la temática: la mujer, las flores, la bohemia, personajes de la vida real, temas pictóricos. De mayor interés nos parece el estudio sobre la estructura de la prosa poética de Pavía (cap. IV), en la cual encuentra la profesora Malagamba Uriarte tres tipos bien definidos: la estructura estrófica, la metafórica y la mixta. La primera está concebida en tres grandes estrofas con pausas intermedias; la segunda se compone de pequeñas estrofas sucesivas, y la última de una sola metáfora unificadora. Como ejemplo de la primera se citan varias de las prosas contenidas en el libro *Celajes* (1897), y de la segunda, la prosa "Jirones de bruma" del libro *Fantasías* (1899), prosa que se reproduce en su totalidad y de la cual se hace un análisis estilístico. La ter-